



La mujer como autora de la antigua lírica popular

MARISA TREJO SIRVENT

Sobre el origen de los romances hay varias hipótesis. Una versión habla de que los romances coexistieron con los cantares de gesta y la otra propone que los romances son más bien ciertos fragmentos que provienen de esos cantares y que en un momento dado se desprendieron de ellos. En lo que todos coinciden es que los romances comienzan a recogerse y publicarse a partir de la segunda mitad del siglo xv.

En los romances, describía Hegel en *La Estética* “cada cuadro particular es acabado y completo de sí mismo y, al propio tiempo, estos cantos forman un conjunto armónico. Están concebidos en el sentido y en el espíritu de la caballería, pero interpretada conforme al genio nacional de los españoles. El fondo es rico y lleno de interés. Los motivos poéticos se fundan en el amor, en el matrimonio, en la familia, en el honor, en la gloria del rey, y, sobre todo, en la lucha de los cristianos contra los sarracenos. Pero el conjunto es tan épico, tan plástico, que la realidad histórica se presenta a nuestros ojos en su significación más elevada y pura, lo cual no excluye una gran riqueza en la pintura de las pinturas de las más brillantes proezas. Todo esto forma una tan bella y graciosa corona poética, que nosotros los modernos podemos oponerla audazmente a lo más bello que produjo la clásica antigüedad”.

La antigua lírica popular era sobre todo “objetiva”. Dice Margit Frenk que “entre los tópicos sobre la antigua lírica popular uno de los más tenaces es el de que esa lírica era impersonal y «objetiva»; el poeta hablaba en ella de cosas externas a él, nunca de sus propias vivencias”¹. Las jarchas

han demostrado que este criterio no puede considerarse válido pues no hay nada más lleno de lirismo y subjetivismo que las jarchas y aunque en los romances, abundaban las descripciones y narraciones “objetivas” de guerras, hazañas de héroes y a menudo se incluían diálogos y hasta monólogos, ese lirismo también se manifestó en los romances. Observemos éste:

Me caso mi madre

Me casó mi madre
con unos amores

La noche de novios

Le seguí los pasos
y le veo entrar

Me puse a escuchar
y oigo que le dice:

a ti he de comprarte
y a la otra mujer

Me fui para casa
púseme a cenar,

púseme a cenar,
me puse a rezar,

me puse al balcón

Ya escuché sus pasos

Llegóse a la puerta
“Ábrame la puerta,

que vengo cansado

–Tú vienes, traidor
bien te oía decirle:

a ti he de comprarte
y a la otra mujer

chiquita y bonita
que yo no quería.

entraba y salía

por ver donde iba,
en ca su querida.

a ver que decían,
–“Palomita mía,

sayas y mantillas,
palo y mala vida”.

triste y afligida;

cenar no podía;

cocer no podía;

rezar no podía;

por ver si venía.

por la calle arriba.

llamando decía:

abre vida mía,

de ganar la vida”.

de ver la querida;

–“Palomita mía,

sayas y mantillas,

palo y mala vida”.²

Con exquisitez y dulzura narra esta mujer la terrible historia de su vida: el triste destino de la mujer que ha sido casada a la fuerza. Sus sentimientos se ven expresados, el estado de su alma también. Entendemos que la poesía lírica (o subjetiva) es “aquella en la que el poeta expresa el estado de su alma, sus impresiones, sus ideas, sus reflexiones y su entusiasmo, y los afectos más íntimos de su corazón (...) Es objeto de la poesía lírica, la expresión directa de los deseos, las alegrías, las tristezas, los temores y las esperanzas del poeta (...) Será, pues, asunto lírico todo lo que produce entusiasmo, todo lo que excita bellos conceptos y conmueve el corazón (...) La forma de la poesía lírica es la subjetiva o enunciativa, aun cuando accidentalmente pueda admitir la objetiva y aun la dialogada y mixta”.³ Éste es el caso del romance andaluz que hemos transcrito. Otro ejemplo más, un fragmento de un romance asturiano:

| | |
|--------------------------------|---|
| El buen rey tenía tres hijas | muy hermosas y galanas; |
| la más chiquita dellas, | Delgadina se llamaba. |
| –“Delgadina de cintura, | tú has de ser mi enamorada”. |
| –“No lo quiera Dios del cielo, | ni la virgen soberana; |
| que yo enamorada fuera | del padre que me engendrara”. |
| El padre que tal oyó, | la encerrara en una sala. |
| Non la daban de comer | más que de carne salada; |
| non la daban de beber, | sino zumo de naranja. |
| A la mañana otro día, | se asomara a la ventana, |
| y viera a su madre embajo | en silla de oro sentada: |
| –“¡Mi madre; por ser mi madre, | púrrame una jarra de agua; |
| porque me muero de sede | y a Dios quiero dar el alma!”. ⁴ |

Margit Frenk opina sobre los personajes de la lírica amorosa que: “evidentemente el hecho de que las mujeres en los siglos remotos de la Edad Media las principales ‘consumidoras’ de canciones y bailes no tiene que ver necesariamente con el hecho de muchas canciones están puestas en boca de una mujer. Pero ambas circunstancias se han mencionado juntas y a ellas se ha añadido esta hipótesis, que ha tenido bastantes partidarios: las mujeres eran también las autoras de la poesía primitiva: las primeras canciones en las cuales una mujer es la heroína y el sujeto han debido realmente ser compuestas por mujeres, mujeres a las que habría que tomar en cuenta al remontarse a los orígenes de los más antiguos ensayos sobre el país romano. En nuestros días piensa Frings que quizá la mujer poetisa esté al comienzo de toda poesía amorosa”.⁵

La mujer está en los romances no tan sólo como heroína, es también la mujer que burla al marido; la hija que muere porque su padre quería hacerla su mujer; la muchacha que ha sido engañada y violada; la hija que se viste de hombre porque su padre no tiene más que hijas mujeres y el rey pregona que en todas las casas tiene que haber un varón; la muchacha que se finge enferma para impedir que un caballero la toque; la serrana que ha matado cien hombres; la muchacha que mata al caballero que quiere quitarle su honra con sus propias armas; la señora que espera siete años al marido que se ha ido a la guerra... En muchos de estos romances es la voz de la mujer como narradora:

| | |
|----------------------------------|-------------------------------------|
| –“Estando yo en mi portal | bordando paños de seda |
| vi bajar un soldado | por la alta morena sierra. |
| He salido y le he preguntado, | que el que pregunta no yerra, |
| diga V. señor soldado | si V. viene de la guerra”. |
| –“sí, Señora, de allí vengo, | quién tien V. que le duelga”. |
| –“señor tengo á mi marido | siete años que anda en ella”. |
| –“Déme las señas Señora, | que conocerlo quisiera”. |
| –“Lleva el caballo blanco, | la silla morada y negra, |
| y tres pajes que llevaba | los tres vestidos de seda”. |
| –“Si, Señora, sí Señora, | muerto queda ya en el guerra, |
| y en el testamento viene | que me case con ella”. |
| –“Eso si que yo no haré, | eso si que yo no haría, |
| siete años he esperado, | y otros siete esperaré, |
| si en este tiempo no viene, | monja me tengo meter”. |
| –“¿Y esos tres hijos que tienes, | donde los vas a meter?” |
| –“El uno le meto a fraile, | el otro le enseño a leer, |
| otro le doy á mis padres | si me quieres conocer, |
| que me has guardado el honor | como mi propia mujer”. ⁶ |

En este romance que proviene de Salamanca, la mujer piensa meterse a convento si el marido no vuelve, pero en otra versión hecha en Puebla, México, opta por volver a casarse. Quizá se ve reflejada ahí una mentalidad más liberal de la gente de la Nueva España:

| |
|--|
| –“Oiga uste, señor caballero, ¿no conoce a mi marido?” |
| –“Oiga usted, yo no le conozco; déme una seña y le digo.” |
| –“Mi marido es algo y güero, tiene oficio de costero y en la punta del sombrero tiene un lebrero francés.” |
| –“Por las señas que usted me ha dado su marido muerto es. |

En el sitio de Cuautla lo mató un traidor francés.”
-Me puse mi tápalo de seda y mi vestido café;
saqué un espejo y me vi: ¡Qué chula viuda, quedé!
Cuatro años lo he esperado y otros tres lo esperaré.
Si a los siete años no viene ¿qué he de hacer? Me casaré.”⁷

Es innegable la fuente inagotable de temas del Romancero. Así también la participación de la mujer como autora de romances de tipo lírico que giran en torno al amor, el desamor, el destino y la situación de la mujer resulta extraordinariamente interesante. Estamos de acuerdo en que es enorme la influencia que “ha ejercido el Romancero en la poesía española y en la extranjera. Inspiráronse en sus fuentes los poetas dramáticos y líricos del Siglo de oro; bebieron largamente allí los románticos, y todavía escritores modernos suelen extraer asuntos de aquel monumento inmortal”⁸. Según Julio Cejador, “el Romancero es un monumento histórico maravillosamente rico de la vida interna, de las costumbres, del alma española, con todas las mudanzas que en ella han ido poniendo los tiempos y con lo sustancial e inmutable de sus cuidados de raza, de sus vicios como de sus virtudes. Ninguna literatura nos ofrece obra tan trascendental, por los siglos que abraza de la variedad que muestra en todo linaje de acontecimientos, sentimientos,

tonos y colores, y por lo que ha influido en las demás obras literarias de España y de fuera de España. Las Crónicas, las Historias, de Ocampo y Mariana, llenas están de sus ecos. La novela y el teatro se han alimentado de él desde que nacieron en toda Europa y, sobre todo, en España. A su importancia responde el sinfín de trabajos que sobre él se han hecho en todas las naciones de Europa”.⁹

Para finalizar, diremos que coincidimos con Sainz de Robles cuando opina que “para la inmensa mayoría de la crítica, el Romancero, con La Celestina, Don Quijote y el Poema del Cid forman la tetralogía incomparable -raza, inspiración y estilo- de la literatura española”.¹⁰ ■

NOTAS

¹ FRENK, Margit. Las jarchas mozárabes y los comienzos de la lírica románica. 1a. reimpresión, El Colegio de México, México, 1985, p. 74

² Romancero viejo y tradicional. (Selección, introducción, traducción moderna y notas de Manuel Alvar). 2a. edición, Editorial Porrúa, México, 1979, pp. 287-288. (Sepan cuantos Núm. 174).

³ SAINZ DE ROBLES, Federico. Diccionario de literatura. Tomo II, 4a. edición, Aguilar, Madrid, 1982, p. 716.

⁴ Romancero viejo y tradicional, Op. cit., pp. 295-296.

⁵ FRENK, Margit. Op. cit. pp. 79-80.

⁶ Romancero viejo y tradicional. Op. cit., p. 236.

⁷ Ibid., p. 2238.

⁸ GONZÁLEZ PEÑA, Carlos. Curso de literatura Editorial Patria, México, 1960, p. 95.

⁹ SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos. Op. cit., p. 1052.

¹⁰ SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos. Op. cit., p. 1049.

